

Últimas fechas recibidas en esta redacción.

MADRID, MARZO.....	19	NUEVA YORK, MARZO.....	12
PARÍS, MARZO.....	20	CHARLESTON, MARZO.....	15
LONDRES, MARZO.....	21	MÉJICO, MARZO.....	16
VALPARAISO, MARZO.....	17	VERACRUZ, MARZO.....	18

Con sumo placer reproducimos la carta del Ilmo. Sr. Hughes, arzobispo católico de Nueva York, a que nuestros correspondientes orleanés y neoyorquinos hacen referencia. Dicla la calumnia á que replica con tono de tanta justicia indignación el venerable Prelado no tenemos el menor conocimiento, pero por el contenido de la respuesta puede colegirse la impenitencia del ataque. Parece que uno de esos correspondientes fabricantes de patrañas, y cuando contra todo lo español solo puede madrizar por la amargura de sus perpetuos desengaños, tuvo el arrojo de usurpar el nombre del Ilmo. Arzobispo para deshacer su ira contra nuestro gobierno y contra los hijos de esta provincia española. La trama empero era tan mal concebida como vilana, pues no solo el solemnímen-tes del Prelado cubre de vergüenza al escritor y á su editor sino que nadie nos compromece ó provechan tanto quanto poner en realce ese absurdo desden con que quienes aspiran á imponearse por tiranos de nuestra raza pretenden justificar sus aéreos espesores. He aquí pues la carta a que nos referimos:

Charleston 31 de marzo de 1854.

No poco me ha admirado el programa de las opiniones y propósitos políticos que se imparten en los periódicos respecto á la encerrada anexión de la isla de Cuba. No se da ni conocer el principal autor de esas impertinencias, pero el editor del *Star of Washington* lo ha reimpresado ante el público y por lo tanto, no puede haber inconveniente en que se le haga á él responsable, como lo hago yo ahora. Cuando llegue á Washington tendrá el honor de ver al editor para saber el nombre del caballero, hoy cuya fáha hecho un uso tan indisciplinado del mismo.

Mientras tanto, y acordándome perfectamente de todas las conversaciones relatives á la anexión de Cuba en que le tomado la más leve parte así en mi viaje de Nueva York á la Habana como en el de la Habana á Nueva Orleans, no dudo en decir que el artículo a que alude en completamente falso en su epígrafe y letra. Sin embargo puedo refrescarme la memoria el autor del *Star of Washington*.

Estará en Cuba como inválido por consejo de mi médico de Nueva York y durante mi permanencia allí no vi señales de "degradación" ni "imbecilidad" en la "población criolla". Por el contrario me pareció al nivel de las clases ilustradas de la sociedad de nuestro propio país y otros de que tuvo ocasión de visitar. No prosenció tampoco rango de "incapacidad" de parte de los que dirigen el gobierno de la isla. Por el contrario me parecieron caballeros bien educados, atentos, cumplidos y muy competentes para desempeñar sus respectivos destinos con honor y valentía.

Muy lejos pues de tener queja alguna ni contra el gobierno de Cuba ni contra la población criolla aprobado esta oportunidad para expresarles mi gratitud por las distinguidas atenciones que de ellos recibí. Si el caballero que escribió en la "carta privada", y que no sé si el editor del *Star of Washington*, o ambos á dos quieren decir cosa contraria al Gobierno de Cuba y á su población criolla harán bien en buscar otros testigos; pues el del individuo cuya humilde nombre han tomado tan indeleble como injustamente no merecen de nadie.

John Hughes, arzobispo de Nueva York."

Para adecuado complemento de la punzante fraterna que antecede agregaremos aquello que no menos lógico ni menos sarcástica que Véritas flagela muy á su sabor á otro individuo de los muchos que componen la turba de necios, embusteros y perturbantes correspondientes al uso:

Nueva York abril 4 de 1854.

Muy señor mío: En su periódico se publicó ayer una comunicación con el título de *Como se manejan las cosas en Cuba*, en que lojas se darán a conocer los reglamentos municipales de Cuba solo se ponen en evidencia los hábitos caseros del que la escribió. Si hubiese visto por todo el continente europeo no habría hallado un solo gobierno en que no se observen los mismos reglamentos. Sin embargo si es cierto que en Cuba no ha hecho poco tiempo tan exijentes normas de observancia de las reglas que motivan la queja; pero no tienen acaso poderosos motivos para ser tan recelosos y tan severos con los norteamericanos sobre todo? No fué su sueño, invadido y no fueron asesinados violentamente sus mejores ciudadanos por piratas y ladrones?

Y el "Visor" ha descubierto que "hay pocos países en que el crimen se comete con mas extensión que en la isla de Cuba." Bajo este punto de vista no sería fácil decir donde ha vivido el autor de la carta, por que si ha sido en nuestro propio país por fuerza ha de ser el uno de sus más inocentes y cándidos ciudadanos, porque si no, mi buen "Visor," con que habiese Vd.

FOLLETIN.

NOTAS DE PERDIDAS.

(Continúa)

VII.

LA COMIDA.

El comedón del castillo de Príncipes era una habitación grande y cuadrada con cuatro ventanas, de las que dos daban al patio y las otras dos á los jardines.

Por las primeras no se veía mas campo que hasta la colina, cuya espalda corría tranquilamente el Vivero, hacia la parte del jardín esteñido el horizonte, mostrando hasta perderse de vista la cadena festoneada de esas microscópicas montañas que abundan en el país de Renesse.

Todo lo que se veía desde esa ventana, los inmensos jardines, el vasto parque, los bosques, las praderas, todo pertenecía á Mr. Príncipes.

El caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría. No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza. Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantos prados, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El caballero entre otras cualidades tenía la de calcular con precisión y presteza.

Dijo: el paisaje en dos partes é hizo la cuenta de la mitad que le corresponde.

Esa, una ocupación agradable e interesante en alto.

Entusiasmadamente el son de la campana había llamado á los vecinos que llegaron por grupos, acudiendo á la mesa, que ocupaba el centro de la vasta

habitación, y que se sentaron en un banco, ocupó el fondo.

La señora Ana de Landel y Milo, de Presmes habían quedado en su casa, y el desayuno se tomó en su casa.

En la noche, la señora Ana se sentó en su sofá,

entreteniendo á su hijo, el señor caballero de Briant.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El caballero entre otras cualidades tenía la de calcular con precisión y presteza.

Dijo: el paisaje en dos partes é hizo la cuenta de la mitad que le corresponde.

Esa, una ocupación agradable e interesante en alto.

Entusiasmadamente el son de la campana había llamado á los vecinos que llegaron por grupos, acudiendo á la mesa, que ocupaba el centro de la vasta

habitación, y que se sentaron en un banco, ocupó el fondo.

La señora Ana se sentó en su sofá,

entreteniendo á su hijo, el señor caballero de Briant.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía sin embargo decirse que el señor caballero de Briant fuese amante decidido de las bellezas de la naturaleza.

Lo que causaba esa dulce emoción era la idea de que tantos bosques, tantas mesetas, debían formar una de las mejores que un caballero que aspira vivir pudiera reclamar de sus entrañas.

El señor caballero de Briant, que había llegado el primero al salón, apoyó el codo en una ventana, poniéndose á contemplar el paisaje.

Por sus labios vio una sonrisa de contento y alegría.

No podía

